



ROMANTICISMO Y POLÍTICA

La consideración meramente literaria del romanticismo ha llevado a un grave desconocimiento de lo que este movimiento representa en nuestra historia cultural. Así, nos encontramos con que las historias de la literatura nos dicen que en España no ha habido romanticismo o que éste ha sido tardío o deficiente, mientras por otra parte estamos cansados de oír que España es un país romántico por excelencia. El recuerdo de lo que dijimos en artículos anteriores sobre las emigraciones de 1814 y 1823 habrá, por otro lado, convencido a los lectores del profundo impacto y la enorme resonancia que el romanticismo han tenido en nuestro país. A través de unas cuantas observaciones trataremos de aclarar esa aparente contradicción (1).

Y la primera que inevitablemente debemos hacer es la necesidad de partir de una definición correcta del romanticismo, movimiento que se ha entendido de modo fundamentalmente literario. De hecho, sin embargo, y así lo han reconocido otros perspicaces autores, el romanticismo representa una nueva concepción del mundo, un cambio radical de sensibilidad y de estilo, que supone una hondísima mutación histórica, preconizada por las dos revoluciones vigentes en aquel momento: la política y la industrial. Y si bien es cierto que ese cambio se ha manifestado de modo principalmente literario, no ne-

cesariamente ha de ocurrir así. De acuerdo con ello es fácil ver que en Francia, Alemania e Inglaterra, efectivamente, el movimiento romántico tuvo un carácter marcadamente literario, pero que no ha sido ese el caso de España, donde no por ello diría yo que el romanticismo ha calado menos. Es precisamente este punto de partida el que habrá de modificar algunos de los tópicos heredados por la crítica en lo que se refiere al tema que tratamos.

El primer hecho que hay que poner en entredicho es la fecha de comienzo del romanticismo español. Se suele situar ésta en los años 30, fijándose con frecuencia como año clave el de 1835, en que se estrena el *Don Alvaro o la fuerza del sino*, del duque de Rivas. La verdad es que los románticos españoles ya llevan más de diez años escribiendo y publicando en el exilio, como vimos al estudiar la emigración de 1823, y que, por lo tanto, habría que revisar a fondo ese juicio del comienzo tardío del romanticismo español. Ahora bien, si por romanticismo entendemos, según lo dicho, algo más que un movimiento literario, el comienzo en España hay que remontarlo al año 1808, en que por primera vez el pueblo como tal toma participación directa y adquiere carácter de protagonista activo en la vida política. Me refiero, por supuesto, a la llamada guerra de la Independencia, pero no sin aludir a antecedentes clarísimos que prefiguran ya el cambio de los tiempos, entre los cuales

tenemos el motín de Esquilache, como antecedente remoto, y el de Aranjuez, que ya es inmediato a ese auténtico «despertar del pueblo» representado por el alzamiento contra los franceses. Y recordemos que es precisamente el descubrimiento del «pueblo» y de su «espíritu» (el «Volkgeist» alemán) una de las características básicas del romanticismo.

Este protagonismo del pueblo es lo que va a hacer surgir las dudas en algunos intelectuales españoles que, por su trayectoria y su ideología, habrían de hallarse más de acuerdo con la postura de los josefinos (afrancesados) que con la de los doceañistas. El caso más representativo será el de Jovellanos, que tras grandes vacilaciones, bien visibles en su correspondencia con los generales O'Farril y Mazarredo, y aun al principio con su amigo Cabarrús, se decide por la causa fernandina, pero no por adhesión a un Rey por el que no podía tener ninguna afinidad o simpatía, sino por ser la causa del pueblo, con quien Jovellanos se sentía identificado. En este sentido podemos afirmar que el gran polígrafo asturiano es el primer demócrata español, y en este sentido también es claro que Jovellanos se adelanta a su tiempo y supera las posiciones del pensamiento ilustrado para convertirse casi en un contemporáneo nuestro.

En esa gran manifestación romántica que son los años 1808-14 se dan además las otras dos características fundamentales del romanticismo: la oposición tradi-

cionalismo-progresismo, por un lado, y el neomedievalismo, por otro. En lo que toca al primer punto, todo el período de la guerra es manifestación de esa oposición; es la lucha entre los que quieren liberar al país invocando un pasado de grandezas, leyendas y tradiciones, y los que quieren precisamente liberarse de ese pasado mediante un proceso revolucionario, para abrirse al progreso y a la libertad. En realidad, nada más romántico que ese movimiento de las Cortes de Cádiz, en el que la pasión y el sentimiento de la libertad se aúnan para producir uno de los períodos de mayor exaltación patriótica que hemos tenido en España. No faltará tampoco esa segunda característica del neomedievalismo a que hemos aludido, y así cuando se plantea la cuestión de la convocatoria de Cortes, la discrepancia se establece entre los que querían resucitar las viejas Cortes estamentales de la Edad Media o los que bajo la invocación a las *Partidas* de Alfonso X el Sabio estaban más bien pensando en los principios revolucionarios recientemente impuestos en el país vecino. El aunar ambas tendencias fue la labor que realizó el que quizá sea más importante filósofo de aquella aventura, el eminente clérigo Francisco Martínez Marina, en su *Teoría de las Cortes* (1813), libro que había de inspirar la función político-legislativa de las Cortes gaditanas.

Es, en definitiva, ese neomedievalismo típico del movimiento el que producirá el descubrimien-

(1) Navas-Ruiz, R., *El romanticismo español. Historia y críticas*. Madrid, 1970.

JOSE LUIS ABELLAN

to extranjero de España como país romántico. Un descubrimiento que hay que situar, primero, entre los románticos alemanes del primer momento: los hermanos Schlegel, por encima de todos. Al plantearse el problema de una nueva estética que rechaza las tres unidades y en general las reglas clásicas, los alemanes encontrarán su inspiración en el arte dramático de Calderón, la antigua comedia española y la fuente histórico-legendaria del *Romancero*. En este sentido son decisivas las conferencias de August Wilhelm Schlegel, «Sobre el arte y la literatura dramática», dadas en Viena en 1808. Precisamente son estas conferencias las que servirán de base a Nicolás Böhl de Faber (padre de *Fernán Caballero*), entonces cónsul alemán en Cádiz, para sus *Reflexiones de Schlegel sobre el teatro*, que publicadas en 1814 en el *Mercurio Gaditano*, serán origen de la llamada «querrela calderoniana». A Böhl le contestarían José Joaquín de Mora y Antonio Alcalá Galiano, defendiendo todavía los principios de la estética neoclásica; lo que no deja de ser curioso en dos personajes que pocos años después se convertirían en dos adalides del movimiento romántico. Aunque Böhl de Faber había de tener poco éxito, no dejó de seguir defendiendo el nuevo gusto a través de la *Floresta de rimas castellanas* y del *Teatro español anterior a Lope de Vega*.

Entre 1823 y 1824 surge en Barcelona una revista, *El Europeo*, publicada por un grupo de jóvenes: B. C. Aribau y Ramón López Soler, junto a los italianos Monteggia y Galli y el inglés Cook, pero que tampoco tuvo repercusiones inmediatas, a pesar de su interés por la difusión de los nuevos nombres y técnicas del romanticismo.

La verdad es que la atención que, en principio, pudo despertar España por haberse servido de los nuevos principios estéticos ya en su antigua literatura fue pasando a una atracción real por el paisaje, la historia, las costumbres y el carácter españoles, de acuerdo con la tendencia marcadamente política del romanticismo español. Se pasa entonces del neomedievalismo a un liberalismo que irá cobrando importancia en el movimiento romántico. No fue ajena a ese interés la victoria contra Napoleón, enemigo entonces de toda Europa, ni mucho menos la pasión —la famosa «pasión española»— que nuestros guerrilleros y nuestros exiliados pusieron en la lucha por la libertad, que vino a completar esa imagen de «España romántica» que iba imponiéndose y que acabaría por hacer de nuestro país la meta ideal de los viajeros franceses e ingleses. En unos ensayos admirables, Aranguren (2) nos ha recordado lo que el carlismo tiene también de romántico, o mejor dicho, la guerra carlista como expresión de ese choque entre tradición y progreso de que hablábamos al comienzo. Y nos describe con rara perfección las connotaciones que esa imagen romántica de España presentaba para los extranjeros en un párrafo que no resistimos a la tentación de reproducir: «Los ingredientes del exotismo eran, respecto del antiguo régimen, cuyos monumentos permanecían, el contraste entre la admiración por la grandeza pasada y el desprecio por la miseria presente; pero miseria llevada con dignidad, una dignidad harapienta; étnicamente, la participación en el prestigio de lo moro (lo *mauresque*); geográficamente, la ilusión del desierto y sus oasis,

(2) Aranguren, *Moral y sociedad*. Madrid, 1966.

y socialmente, el contraste entre los Grandes de España y los bandidos, entre los hidalgos y los pícaros, y, en fin, la mezcla fascinante de la sangre (recuerdo de la Inquisición, espectáculo de los toros, fama de la crueldad española), la pasión (voluptuosidad amorosa de España) y la muerte. Es tal vez, sobre todo, esa capacidad para morir por algo, lo que quiera que sea —la Reina, la Constitución, los Fueros—, ese gusto por los grandes gestos, esa contradicción de los valores tradicionales y un liberalismo heroico que, imbuido en ellos, lucha, sin embargo, contra ellos, lo que hace aparecer a España como un país esencialmente no burgués (según el peyorativo sentido romántico de la palabra "burgués") como el horizonte donde el sueño y el mito descienden hasta la realidad y se juntan con ella». Es en este sentido en el que Aranguren afirma que «el romanticismo español ha sido mucho más importante en el plano existencial que en el literario».

No voy a contradecir la tesis de Aranguren, que está muy cerca de aquella que considera el «espíritu» de nuestro pueblo como un alma esencialmente romántica, a pesar de que personalmente creo que aquí habría que matizar. Pero sí insistiré en lo que dije sobre el fundamental carácter político del romanticismo español.

Es precisamente ese carácter político el que alejará al principio a los futuros románticos españoles de un movimiento que se presentaba como reaccionario. Recordemos que el primer romanticismo, tanto alemán como francés, era una reacción contra el progreso político e industrial de la época, a cuya cabeza habría que situar al aristocrático y retrógrado vizconde de Chateaubriand. Y es precisamente ese es-

piritu el que tratará de difundir en España un Böhl de Faber. Se recuerdan siempre al hablar de ello las dos tertulias gaditanas durante las Cortes de Cádiz: la de doña Margarita Martínez de Morla, admiradora de Madame Staël, a la que concurrían Quintana, Gallardo, Arriaza, Gallego, Martínez de la Rosa, el duque de Rivas, Torren, Argüelles y otros conspicuos liberales, todos ellos neoclásicos y todavía en aquella época antirománticos, sin duda como oposición a la otra tertulia: la de doña Frasquita de Larrea, mujer de Böhl de Faber, donde se defendían las ideas románticas, si bien los asistentes eran todos *serviles* y, por tanto, opuestos a cualquier brote de liberalismo.

Cuando años más tarde la revista *El Europeo*, mencionada anteriormente, también fracasase, la causa habrá que buscarla en algo parecido: en su preocupación casi exclusivamente literaria de un movimiento que en España tiene un carácter más político —y aun político liberal— que otra cosa. El espaldarazo al movimiento romántico español lo dará pues, Víctor Hugo, cuando proclame en su famoso prólogo del *Cromwell* que «el romanticismo es el liberalismo de la literatura». Quizá no fue ajeno al cambio el hecho de que a partir de esa época empiece a manifestarse un movimiento romántico español digno de ser tenido en cuenta, si bien ese movimiento ha de fructificar en el exilio de 1823, como tuvimos ocasión de ver. Me refiero ahora a un romanticismo literario, claro es, a pesar de lo cual sigo manteniendo aquí la tesis de que la principal aportación española al movimiento romántico sea de tipo político y concretada en un lema que quizá pueda expresar así: la pasión española por la libertad.

No olvidemos que las palabras *liberal* y *liberalismo* son palabras españolas, que luego pasarán a otros idiomas. Es cierto que en un principio la voz «liberal» tenía una acepción de generoso, abierto y tolerante, acepción que es la única admitida todavía por el Diccionario de la Real Academia en 1803. Esta acepción de la palabra «liberal», como opuesta a «servil», irá adquiriendo un matiz marcadamente político a partir de 1808 y, sobre todo, en las Cortes de Cádiz, donde ya se consolida esa acepción política del vocablo. Probablemente el primero que la utiliza en ese sentido fuera de España es Southey en 1816 al hablar de *the British liberals*, hasta su consagración definitiva en la terminología política inglesa con John Russell, que hablaba siempre de *liberal Party* cuando se refería a los *whigs*. Hoy en día es una palabra admitida en todos los países cultos

Martínez de la Rosa.



Larra.



Espronceda.



¿«JESUCRISTO SUPERSTAR O JESUCRISTO SUPER-MERCADO?»

Por JOSE GRAU



La sociedad de consumo echa mano de todo, no se anda con remilgos: sexo o violencia, o ambas cosas a la vez si es necesario, lo mismo da. ¿Y por qué no Jesús? El profeta de Nazaret vuelve a estar de moda entre ciertas sectores de la juventud, y aprovechando esta repentina «afición» por lo religioso hay quien está haciendo su agosto.

Enormes «posters» con la supuesta imagen de Jesús: blusas, camisas, pantalones y demás prendas de vestir estampadas con esta misma imagen o con cualquier otra de la novísima y variada «esología comercial». Una avalancha publicitaria que se sirve de la amplia gama de la simbología religiosa y se introduce hasta en lo más trivial: collares, anillos, llaveros, carteras, bolsos, pañuelos, todo sirve, con tal de promover el consumismo.

En ciertos lugares de América, la figura de Jesús va unida ya a la propaganda de perfumes, detergentes y champús: «Dios os ama —afirma un anuncio—, ha creado vuestras hermosas cabezas. El ama vuestros cabellos. El ama, pues, también la loción capilar "X"». Y los productos se venden bien. La fórmula es infalible: seguir las modas y explotar la candidez, la ignorancia y los «buenos sentimientos» de las masas.

«JESUCRISTO SUPERSTAR»

«Veamos —se dijeron los empresarios del gran espectáculo, después de haber lanzado la remuneradora pornografía de «Hair» y «Oh, calcula!»—, veamos, ¿qué es lo que más sale en el mercado de la música, el baile y los espectáculos hoy? Jesús! Sin duda es el «producto» que más se vende en la actualidad».

Y así surgió la ópera-rock «Jesucristo Superstar», realizada por los mismos productores de «Hair» y «Oh, calcula!». El resultado ha sido un «cristo» tan falso como el burdo erotismo de aquellas otras producciones. El célebre cantante Cliff Richard ha manifestado: «Este no es el Cristo del Nuevo Testamento». Y un crítico francés, S. Sahagian, ha escrito: «Si queráis seguir mi consejo —y es el consejo de uno a quien le gusta la música «rock» y ama a Jesús—, si queréis hacerme caso, no os gastéis el dinero tentamente para llenar los botellines de algunos comerciantes del espectáculo».

«NO HAGÁIS DE LA CASA DE MI PADRE CASA DE MERCADO»

La distorsión de los valores religiosos en aras del mercantilismo no es un invento de nuestro tiempo.

«Estaba cerca de la pasuca de la judía, y subió Jesús a Jerusalén y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas (para el servicio del culto), y a los cambistas allí sentados. Y haciendo un azote de cuerdas echó fuera del templo a todos... y esparció las monedas de los cambistas y volcó las mesas, y dijo a los que vendían palomas: «Quítad de aquí esto y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado» (Evangélio Juan 2: 13-16).

La casa del Padre no es casa de mercado, el nombre de Jesús no es un «logotipo» para el mercado, las verdades del cristianismo no son simples «excusas» para llenar «posters» y hacer fansas.

El truco consumista ha explotado la posible connotación inconsciente entre el «Movimiento de Jesús» (el «Jesús Movement») —o el «Jesús People» (la «Gente de Jesús») — y los espectáculos a la manera del «Jesús Superstar», que han proliferado en los últimos meses. Sin embargo, no existe la más mínima relación entre ellos, al menos en lo que concierne al sector más bi-

blicamente cristiano del citado «Movimiento», que no es escaso.

La «Gente de Jesús» —las personas que acuden a Cristo y se quedan con él— han sido, y van siempre, contra corriente. El cristiano ha sido siempre un conformista, incluso en épocas y latitudes llamadas de «cristianidad» en el pasado, ser discípulo de Jesús era algo que chocaba. Solamente quien se ha dejado atrapar en la vorágine de la sociedad de consumo no acierta, hoy, a ver la diferencia entre la farsa y la fe, entre la mera religión como atavismo más o menos decorado y la Revelación divina gozadamente aceptada, entre justicia propia y la justicia que es por la fe en Jesús (Romanos 3: 22).

EL NUEVO HOMBRE

Hastados y decepcionados, después de haber recorrido los caminos de la droga y el vicio, algunos jóvenes en América y en el Norte de Europa están hallando en Cristo la satisfacción a sus ansias vitales más profundas y, con mayor rapidez que muchos mayores, están atendiendo al significado de las palabras evangélicas: «La vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee» (Lucas 12: 15). «Buscad primeramente el Reino de Dios y su Justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo 6: 33).

La gracia de Dios es más fuerte que todas las mitificaciones del consumismo sin escrúpulos. Pase a la superficialidad «religiosa», el Señor sigue saliendo a nuestro encuentro. Porque Cristo siempre anda buscando a alguien, ansioso, preocupado y activo para encontrarse con el hombre. ¿E ha topado con él alguna vez?

Jesús sabe lo que hay en el hombre y no se fia de los que únicamente son sensibles a la milagrería o al entusiasmo pasajero por la moda (Juan 2: 23-25). ¡Cuán distinta su actitud ante los que, si bien errados, acuden a él con sinceridad! Tal fue el caso de Nicodemo, aquel hombre que fue a Jesús «de noche», el profesional de la religión que, después de haber hablado con Cristo, tiene que confesar su profunda frustración. Jesús le disparó a boca jorro: «El que no naciere de nuevo no puede ver el Reino de Dios» (Juan 3: 3). Cuando Cristo se metió en nuestra vida lo hace siempre desgranando toda perspectiva falsa y toda «buena conciencia».

Al principio, Nicodemo no entendió el lenguaje de Jesús. Su mundo era el religioso, donde se creía que a Dios se le puede domesticar mediante fórmulas y ritos. Jesús le llevó a un terreno radicalmente nuevo, ante el cual Nicodemo confiesa su ignorancia: «¿Cómo puede hacerse esto? ¿Cómo puede un hombre nacer de nuevo?».

El hombre nuevo es la magnífica posibilidad que ofrece el Evangelio. Es la respuesta afirmativa de la gracia divina a todas las frustraciones del hombre. ¡Esto es lo que necesitamos! Hombres y mujeres nuevos hechos por Cristo! ¿Has tenido tú esta experiencia?

A todos los que reciben a Cristo en su vida, los que creen en su nombre, a todos éstos, les es dado el poder de ser hechos hijos de Dios, afirma el Evangelio (Juan 1: 12). Estos son los nacidos de nuevo, con datos forma Dios la nueva Humanidad. ¿Has recibido a Cristo? ¿Crees en él? ¿Eres ya un hijo de Dios?

Escribenos si deseas ayuda espiritual. Ofrecemos enviarte gratuitamente el disco de reciente aparición: «Buenas nuevas...» y bellas melodías.

Nuestra dirección es: Evangelismo en Acción, Apartado 5.486, BARCELONA. (Publicación).

ROMANTICISMO Y POLITICA

para referirse a los grupos políticos que surgieron durante el siglo XIX en diferentes países europeos con una significación similar al español.

He visto una confirmación de estas ideas en el reciente libro de Iris M. Zavala, *Románticos y socialistas* (3), donde a través de un análisis de la prensa española del XIX se ve la vinculación del romanticismo «con las doctrinas literarias y políticas más avanzadas», ya sean liberales o socialistas. Aunque el romanticismo radical de tendencia democrática y socialista es más evidente de 1838 a 1848, no deja de aparecer en fechas anteriores, como *El Censor*, de 1820-22, donde hay interesantes artículos difundiendo las ideas de Saint-Simon, Say, Malthus y Bentham. La lista de periódicos que señala es abrumadora: *El Guindilla*, *Postdata*, *El Republicano*, *El Eco de las Barricadas*, *Hoja Democrática*, *El Huracán*, *El Eco de la Juventud*, *El Trabajador*, *El Papamoscas* y *su Tío*, *El Tío* y *el Sobrino*, etcétera, y en ellos abundan las firmas de los primeros socialistas: Ayguales de Izco, Abdón Terradas, Fernando Garrido, Ramón de la Sagra, Sixto Cámara, etcétera; la investigación y las pruebas aducidas no dejan lugar a dudas.

Y no sólo es que esta línea política del romanticismo español tenga preeminencia frente a la línea puramente literaria, sino que aun ésta con frecuencia adquiere una valoración y una significación fundamentalmente políticas. Me refiero al hecho, evidentemente importante, de que los más destacados románticos fueron exiliados del 14 o del 23, si no de ambas emigraciones. Ahí están los nombres de Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano, Angel de Saavedra, José de Espronceda, Mariano José de Larra, hijo de un «afrancesado», etc., en cuya actividad literaria indudablemente había de dejar honda huella vital y política de peripeja del exilio.

Está fuera de lugar aquí hacer un análisis del contenido político de la literatura romántica, pero un ligerísimo repaso nos hará comprender que éste es evidente. En Martínez de la Rosa no hace falta acudir a sus obras de historia o de pensamiento, pues ya en *La conjuración de Venecia* hay elementos doctrinales de tipo político, independientemente de que el drama es una defensa de la libertad del individuo frente al despotismo de la «razón de Estado». El mismo Don Alvaro o la fuerza del sino, del Duque de Rivas, adquiere con su

suicidio final la categoría de un rebelde que protesta contra un mundo mal hecho, en el que quizá entra como elemento básico —detalle que no se ha solido ver— el hecho de que don Alvaro sea un indiano, con pureza de sangre discutible, discriminado por la nobleza sevillana, que le rechaza, como está clara en la oposición del padre a la boda con su hija Leonor. Es inútil hablar de Larra, cuya obra es fundamentalmente de crítica política y social, o incluso del mismo Espronceda, que, con independencia de su obra lírica, es una gran personalidad política y un gran poeta filosófico y rebelde; tampoco es necesario recurrir aquí a su interesante folleto *El ministerio Mendizábal*, donde toma postura ante uno de los acontecimientos fundamentales de la época, sino a sus mismas poesías, donde el tema de la patria y de la libertad se repite una y otra vez, como en el ejemplo archirepetido de su famosa *Canción del pirata*, tan representativa, por otro lado, del espíritu romántico.

Lo que llevamos dicho aquí me parece que es suficiente para que el lector se dé cuenta del fondo ideológico que aún el llamado romanticismo literario lleva consigo. Aspecto que se ha visto olvidado frecuentemente y que incluso se ha desvalorizado por la afirmación, a nuestro juicio gratuita, de que durante la primera mitad de nuestro siglo XIX no ha existido pensamiento, y se cita como dos gloriosas e incomprensibles excepciones a Balmes y a Donoso Cortés. La verdad es que con este tema del pensamiento ha ocurrido algo parecido a lo del romanticismo: ese pensamiento ha existido, aunque se haya visto marginado por el exilio y discriminado por su significación fundamentalmente política. Sin decir que ese pensamiento sea trascendente en la Historia europea, afirmamos sin rubor que existe con un valor innegable y con una originalidad muy digna de nota. Los nombres de Alvaro Flórez Estrada, el abate Marchena, Pérez de Camino y Blanco White, que para mí tiene una semejanza clarísima y curiosísima con Unamuno, son nombres que de ningún modo pueden pasarse por alto, sobre todo en lo que se refiere a un tema fundamental de aquel momento y hoy vuelto a poner en candelero por los acontecimientos de este siglo: sus planteamientos frente a la independencia americana y su entronque con la tradición del pensamiento anticolonialista (4). ■ J. L. A.

(3) Cf. en especial el estudio «Revistas y periódicos románticos: 1835-1845», *Románticos y socialistas*. Siglo XXI. Madrid, 1972.

(4) Merle, Marcel, y Mesa Roberto, *El anticolonialismo europeo desde las Casas a Marx*. Alianza Editorial. Madrid, 1972.